

El Hombre, el Mundo y la Sociedad

Por Kurth F. REINHARDT

“Si deseamos pensar bien”, dice D. Jaime Balmes en **EL CRITERIO**, “hemos de procurar conocer la verdad; es decir, la realidad de las cosas. ¿De qué sirve discurrir con sutileza, o con profundidad aparente, si el pensamiento no está conforme con la realidad? Un sencillo labrador, un modesto artesano, que conocen bien los objetos de su profesión, piensan y hablan mejor sobre ellos que un presuntuoso filósofo que, en encumbrados conceptos y altisonantes palabras quiere darles lecciones sobre lo que no entiende”. Aparece, ahora pues, que una filosofía digna de aceptación por parte del estudiante y generalmente del hombre letrado, debe ser vital en doble sentido: debe ser filosofía viviente tanto como filosofía establecida sobre principios y términos que pueden ser traducidos de la teoría a la práctica, de la letra a la vida. En vista de esto, una filosofía de tal carácter tiene que tomar sus raíces y bases en la realidad: tiene que ser filosofía realista.

Ahora bien, cada filosofía genuinamente realista está ligada sin duda alguna a las exigencias de la realidad. Está obligada a darse cuenta de todos aquellos aspectos de la realidad hasta los cuales podemos volver la luz de la razón humana. Una filosofía tal, tratando de descubrir la verdad última o absoluta, hará un esfuerzo riguroso para buscar aquella unidad que sirve de fundamento a la multiplicidad; la permanencia que sirve de sostén del cambio; la continuidad por la cual se integra el pasado al presente y la tradición al progreso.

Dichas estas palabras, declaramos, en primer lugar, que una filosofía tal existe actualmente y, en segundo lugar, que tiene necesidad de formular de nuevo en los términos del pensamiento contemporáneo. Cuando esto sea realizado, los principios constitutivos y perdurables del pensamiento y de la acción ganarán, desde lue-

go, una significación nueva, proporcionando los medios propios y practicados para la adquisición del magisterio sobre las circunstancias y complicaciones de la vida moderna.

Tal filosofía, perennemente viviente, tratará de una manera realista de todo el universo, compuesto de seres, de acontecimientos y de hechos, tanto como de todas las relaciones que prevalecen entre ellos. Probando la naturaleza de la realidad, la filosofía realista explica la naturaleza del ser tanto como las naturalezas y actividades de los seres multiformes. Poniendo al hombre en foco de su reflexión, la filosofía realista descubre en él unos caracteres específicos que señalan su situación singular dentro del universo creado. La reflexión filosófica averigua que el hombre es un ser dotado con las facultades de la razón y del albedrío libre, síntomas y señales de su dignidad y nobleza sin igual dentro del universo visible y conocible. Resulta, por consiguiente, que al hombre tenemos que atribuirle calidad muy significante y extraordinaria. Parece que el hombre es un principio así como un fin: eslabón final de una cadena de evolución y eslabón primero de otra; complemento y colmo de las fuerzas de la biología física y material, y producto inicial en el orden de una biología racional y espiritual: el animal más alto y el espíritu más bajo.

Por grande que aparezca la estatura del hombre cabe afirmar que no es sino nada cuando la comparamos con las vastas proporciones del universo. Es verdad, sin embargo, que la misma estatura humana es semejante a la estatura de un gigante cuando la comparamos con las unidades estructurales más menudas de la materia. Ya sea, empero, que acentuemos la pequeñez física relativa del hombre, o bien su grandor físico relativo: la conclusión es inevitable que la estructura de la naturaleza humana es algo singular y sin precedentes y que las fuerzas que se manifiestan en las facultades del entendimiento y de la voluntad del hombre son de calidad distinta, sin igual y no comparable con las fuerzas que obran en los reinos de minerales, plantas y animales irracionales. El hombre, con todo eso, va profundamente encajado en la naturaleza física y en alto grado va sujeto a sus leyes. Dominan al hombre así como dominan a los demás seres creados. El cuerpo del hombre, por ejemplo, va sujeto a la ley de la gravedad, a las leyes de la nutrición, de la digestión, del metabolismo y de la secreción interior. La misma conciencia y conocimiento del hombre a veces están dominados u oscurecidos por fuerzas desconocidas y hasta cierto punto ininteligibles. Muchas veces las leyes naturales juegan con los seres humanos tan sin misericordia como lo hacen con los seres que carecen de razón, tales como las plantas o los insectos. Eso quiere decir que la situación física del hombre dentro del universo es tan buena o tan mala como lo es en cuanto a cualquiera otro ser creado. El hombre se halla enredado en la fragilidad y relatividad que abarca todos los seres del orden físico-material.

Pues bien, tenemos que preguntar: ¿por qué la reflexión filosófica persiste en la pretensión que el hombre ocupa posición ex-

cepcional e incomparable? Es sobre todo, como ya queda dicho, por causa de los procesos y funciones observadas y experimentadas del principio constitutivo racional que le da vida específica al hombre. Parece que las facultades del conocimiento y del entendimiento se diferencian esencialmente de la facultad de la sensación o de la percepción sensible. En segundo lugar, la posición singular del hombre se deriva de las funciones y actividades observadas y experimentadas de la voluntad humana. Es decir, que el dominio de la voluntad del hombre, incluyendo la facultad de la elección libre e iluminada de la razón se eleva en grado como en esencia y excelencia sobre el reino de impulsos e instintos naturales. La voluntad del hombre significa y señala la independencia, determinación de sí mismo, la autonomía y la libertad.

Por lo que parece, entrando dentro del reino de la razón y de la libertad, sería posible escapar la relatividad y alcanzar la esfera del absoluto. La reflexión serena nos enseña, sin embargo, que eso no es verdad. Mirando sencillamente los diversos departamentos del pensamiento y de las acciones humanas tanto como sus manifestaciones en las ciencias, las artes y en todas las actividades y consumaciones creativas que constituyan en su totalidad la civilización y cultura humanas, reconocemos que el hombre dentro del mundo, el hombre dentro de las relaciones humanas, se halla todavía sujeto a la relatividad y al cambio, aun dentro del dominio propio de la inteligencia y de la voluntad humanas. A pesar de eso, tan pronto como, al través de los grados del ser, alcanzamos al nivel de la existencia del hombre, la escena cambia de una manera radical. El paisaje que se ofrece a la mirada intelectual es de tal inmensidad que un crecimiento intelectual infinito parece posible, después de todo. Contemplando la multiplicidad del ser, esperamos alcanzarla y abrazarla. Pero tenemos que darnos cuenta, tarde o temprano, de que el poder de nuestra comprensión actual está muy limitado: buscamos y trabajamos en obscuridad parcial y ni nuestro conocimiento ni nuestra intuición pueden alcanzar sino vistas fragmentarias de la realidad. Y sabemos cada vez más que lo total de la realidad es más que la suma de todos los trozos que poseemos actualmente o que pudiéramos poseer en cualquier tiempo.

La relatividad también está ligada a los acontecimientos y aspectos variables de la historia. Comparando la civilización moderna con las civilizaciones del pasado, ya no creemos, como hicieron los historiadores del siglo XVIII, que estemos colocados sobre una cima y que, por consiguiente, la subida más allá ni sea posible ni necesaria. Dirigiendo la vista hacia atrás, parece que un gran espacio de tiempo separa nuestra época de ciencia y de tecnología del mundo primitivo y de la perspectiva de los habitantes de las cuevas antiguas. Pero mirando las pinturas con las cuales fueron adornadas las murallas de las cuevas prehistóricas de España y Francia, estudiando las civilizaciones Mediterráneas de la Antigüedad, las civilizaciones del Eufrates y del Nilo, las civilizaciones antiguas de Asia, parece que el espacio de tiempo que nos separa de las épocas

pasadas llega a ser muy insignificante. Aprendemos, por una parte, que había en este mundo hombres que alcanzaron a la cumbre del genio del género humano; y reconocemos, por otra parte, que las formas variadas de la vida social y comunal contemporánea, las relaciones que prevalecen entre los individuos, grupos, estados y naciones están muy lejos de la perfección deseable y posible. Prevalecen entre los individuos, grupos, estados y naciones están muy lejos de la perfección deseable y posible. Prevalecen en muchos lugares circunstancias y situaciones de una barbarie tan horrible y primitiva que un observador imparcial pudiera concluir que hace falta dar los primeros pasos hacia la civilización humana, de tal modo que la realización del destino cultural y social del hombre parece estar a cargo de las generaciones venideras.

¿Qué más, pues, nos queda de la grandeza pretendida del hombre? Si queremos salvar esta pretensión del ridículo tenemos que demostrar que el hombre, en virtud de su razón y de su libertad, no sólo se ha elevado muchas veces encima de la serie sucesiva de los hechos y acontecimientos físicos de la historia, sino que siempre puede hacerlo. Esta demostración es la tarea propia de una reflexión metafísica, la cual resulta en la confirmación de que el universo material con sus leyes evolutivas suministra sólo la base y el fondo de la vocación exaltada del alma del hombre. El "objeto intencional", empero, del alma humana y de su capacidad para el alcance de la verdad y de la bondad infinitas es el manantial o principio divino de todo lo que hay de verdad y de bondad. Así el alma del hombre aspira más allá de sí misma; aspira, desde luego, a la plenitud del ser, por la cual su ser propio se perfecciona y sus anhelos se realizan y se tranquilizan. "Todas las criaturas por su naturaleza tienden a la quietud", como dice Juan Ruysbroek, el célebre místico Flamenco del siglo XIV. Y San Agustín, en los tiempos Cristianos antiguos, ha expresado la misma idea en las palabras famosas: "Nos hiciste para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti".

Una época de crisis exige que estemos preparados para asir nuevas tareas, para resolver nuevos problemas. Es uno de los rasgos más característicos de nuestra edad el nuevo y ardiente deseo por los valores absolutos, deseo que en muchos lugares ha incitado a pueblos y naciones a crear y abrazar falsos o seudos absolutos, ofreciéndonos varias formas de ideologías morales, económicas y políticas. Aliado estrechamente con las aun ampliamente predominantes filosofías del materialismo y positivismo encontramos frecuentemente un idealismo extraviado y equivocado que se apega con un fanatismo sorprendente a los bienes y valores del universo material, fomentando la convicción de que en algún modo lo transitorio al fin pueda dar de sí una significación eterna. Pero la estructura de la vida y de la sociedad es demasiado vacilante y le falta el equilibrio moral y mental para incitar o justificar tal confianza ciega. Y así es que las más de estas venturas terminan en chascos, en quiebras y en desesperación.

Trágico de veras es el estado del hombre contemporáneo. Cuanto más sincero sea, tanto más ansiosamente hará lo posible para hacer el balance de su vida. Habiendo aprendido a dudar de todo, ya no está seguro de nada, incluso de sí mismo. Y así es como consiente a la tentación del escepticismo y del nihilismo. En tales circunstancias más que en ninguna otra situación debe ser la gran misión de la filosofía recuperar, en primer término, la imagen o la idea del hombre en su pristinidad original y, en segundo, acompañar al hombre de vuelta con rumbo a la realidad, a la cual había llegado a mirar con tal desconfianza y repugnancia.

Frente a frente con sí mismo y con una realidad que acepta como verdadera, el hombre puede salir del abatimiento de su espíritu con un sentido aguzado de su responsabilidad personal y con un ardor vivo para la acción moral en su vida individual y social. La vida interior del hombre bueno y sabio es bastante poderosa para renovar la realidad y para reformarla semejante a sí misma. Este poder manifiesta el poderío del ser humano, un ser que echa sus rayos al través de la vida individual y social y engendra la acción moral.

No es menester decir que los hombres de hoy han realizado milagros en la exploración e integración científica del cosmos de la naturaleza física. Pero es muy claro que ahora mismo se hallan confrontados con la tarea más grande de la exploración y construcción del cosmos de las relaciones humanas y de la vida social. Es esta una tarea que exige más que una inteligencia ordinaria, más que un genio eminente, más que el poder de una voluntad fuerte. La renovación de la civilización de la sociedad requiere los esfuerzos intelectuales y morales más grandes, los esfuerzos de personas humanas trabajando en unisonancia, movidas y animadas por esa fuerza motriz que es "causa prima" de todo movimiento físico tanto como de todo pensamiento y de toda acción humana.

* * *

La experiencia común tanto como el análisis metafísico nos enseñan que el hombre es un ser racional y libre, que el hombre posee los dones de juicio intelectual y de elección libre, dones en los cuales encontramos las raíces de la capacidad humana para el alcance de la plenitud de la verdad y de la bondad. Un ser de tal constitución apropiadamente llamamos **una persona**, es decir, una naturaleza soberana, una naturaleza que es dueña de sus actos libres y que así se distingue de los seres que en sus actividades siguen sujetos a la necesidad determinante de la naturaleza física y material. Por eso distinguimos **la personalidad de la individualidad**, atribuyendo a aquella una dignidad superior.

La reflexión profunda de Aristóteles y Santo Tomás de Aquino descubre en **el alma** el principio básico de la vida de todos los seres animados, y el mismo Santo Tomás ve en el alma espiritual del hombre y en sus facultades intelectuales, cognoscitivas y volitivas un poder misterioso que le permite pasar de una forma del ser

a otra y experimentar en el proceso del conocimiento de la conversión de su ser aislado en todos los seres que sean abrazados y comprendidos por la inteligencia cognoscente. Así potencialmente el alma humana está "quodammodo omnia". La persona humana es un universo pequeño, una totalidad verdadera pero con todo eso el hombre ni existe enteramente en sí mismo ni se basta a sí mismo. Tiene el hombre, al contrario, relación vital con una multitud de otros tipos y grados del ser. Y a consecuencia de eso no le es conveniente al hombre vivir en aislamiento, sino, al contrario, en constante comunicación intelectual y moral con otras personas humanas, en comunicación política y social con otros seres de su género, ganando de esta manera la plenitud de su existencia y esencia propias y acción individual y social. Y por esta razón, Aristóteles, después de haber definido al hombre como animal racional, añade en seguida que es también animal político y social.

Ahora bien, si aceptamos la definición metafísica del hombre como animal racional y social, ¿qué conclusión sacamos? Contestamos que el ingrediente racional de su naturaleza indica su carácter de personalidad y que el ingrediente social de su naturaleza significa su carácter de individualidad. Como individuo el hombre representa una especie de animal y, como tal, es parte del universo material. Como persona, por otra parte, el hombre es un compuesto de cuerpo y alma y, como tal, representa e incorpora valores morales y espirituales, valores en virtud de los cuales el hombre puede alcanzar alto grado de dominio sobre el universo material y la soberanía de sí mismo. Pero mientras que los seres que carecen de razón alcanzan sus fines individual y colectivamente por motivo de la finalidad intrínseca del universo, los fines individuales y sociales de la vida humana no se alcanzan sino por la ayuda y dirección de la razón humana que administra los motivos propios para la perfección del individuo y del conjunto de individuos. De esta manera los incentivos individuales y sociales de la especie se complementan por la libertad y responsabilidad del ser racional. La generosidad de la naturaleza, proveyendo los instrumentos para la protección y conservación de individuos y especies, es más amplio cuando se trata de seres que carecen de razón de lo que se halla al alcance del ser humano. Por consecuencia de eso, las actividades creativas de la vida humana—consideradas individual y socialmente—dependen mucho más de la facultad inventiva individual y de la colaboración social de los seres humanos. Viviendo y aprendiendo, cultivando y trabajando en común, practicando y construyendo las obras magníficas de la civilización, el hombre necesita al hombre, y así es que todo lo que él hace o cree muestra doble aspecto y significación, significación personal y social.

Esta dependencia mutua, intelectual, moral y física entre los miembros del género humano tiene su demostración más conspicua y notable en la facultad y en el acto de hablar, en el lenguaje humano, lo cual es en realidad una encarnación de la razón y el medio espe-

cificamente humano de la expresión personal tanto como de comunicación social.

Ahora pues, encontramos al hombre situado en un punto de intersección de espíritu y materia, participando en la realidad de los dos, y de esta situación singular del hombre dentro del universo creado surgen los problemas y conflictos más grandes de su vida moral y social.

Teniendo parte en el universo material y en el reino animal, el hombre vive sujeto a las circunstancias y alrededores etnológicos y sociológicos de una comunidad natural y material, y sujeto también a las leyes predominantes en los reinos naturales y materiales. En los actos de concepción y nacimiento, en los procedimientos de crecer y descaecer, en los procesos biológicos de vida y muerte, el individuo humano sigue sirviendo y perpetuando la especie humana. Pero, mucho más allá, el hombre tiene parte también en un universo moral y espiritual, en el reino de la responsabilidad, y en esta capacidad es donde el hombre supera aquella otra comunidad colectiva y material que va condicionada y determinada por las leyes biológicas. Como ser racional y libre, el hombre se incorpora en la realidad superior de los valores absolutos y, aprovechándose más oportuna y rectamente de las facultades de su alma espiritual, va perfeccionándose en el poderío de la libertad y autonomía.

Siendo así habitante natural de dos reinos del ser esencialmente distintos—los de la materia y del espíritu—el hombre se inclina a formar conceptos erróneos acerca de su propia naturaleza, ya estimando en valor excesivo el ingrediente espiritual, ya teniendo opinión demasiado alta de la parte constitutiva material de ella, alternativamente exagerando el papel y alcance del espíritu humano y menospreciando la bondad metafísica de la materia, o exaltando la naturaleza material y negando la realidad del espíritu y del alma espiritual. El reconocimiento de la verdad realista acerca de la naturaleza humana nos obliga a admitir que el hombre está compuesto de cuerpo y alma, de materia y forma, como dicen Aristóteles y Santo Tomás, y que las dos juntas forman una sustancia real y completa. Por otra parte, provienen el materialismo y espiritualismo integrales de conceptos erróneos respecto a la realidad y situación metafísicas del hombre. Mientras que el materialismo o naturalismo carecen de la vista realista por su negligencia de la realidad del espíritu y de la espiritualidad, el espiritualismo igualmente carece del realismo integral por olvidarse de las contingencias materiales y naturales por las cuales la vida humana se individualiza y adquiere sus caracteres diversos y distintos. La aspiración del espiritualismo a la idea abstracta de una humanidad vaciada de la individualidad y descuidada de distinciones como son las del sexo, de la raza o de la nacionalidad, es tan deficiente como la aspiración del materialismo, el cual se halla cautivado en alto grado por aquellas distinciones y no puede pasar al través ni entrar en esa profundidad y riqueza del ser en donde toda individualidad y relatividad se muestran sostenidas y soportadas por lo universal y absoluto. El

entendimiento realista de la situación singular del hombre como animal racional y social tiene que alcanzar la extensión total de la naturaleza humana, incluyendo las alturas tanto como las bajezas de su ser.

En el aspecto material y social de la naturaleza del hombre es donde descubrimos la razón más profunda del origen de una autoridad civil y de esa sociedad políticamente organizada que va bajo el nombre de "Estado". El hombre tanto como todas las otras criaturas del universo debe su existencia a Dios, al Criador y Causa Primera y Final de todos los seres. Dios solamente tiene existencia "per se", mientras que todas las criaturas existen "ab alio"; es decir, que las criaturas dependen primeramente de Dios mismo y además dependen en varios grados las unas de las otras. En cuanto al hombre, es parte constitutiva de la totalidad superiora del universo, dependiendo de esta orden superior y debiendo homenaje y lealtad a ello, dando las gracias por los dones y ayudas que ha recibido y está recibiendo constantemente de esa orden universal. Sin embargo, mientras que las relaciones que prevalecen entre las criaturas privadas de razón son más o menos involuntarias, es decir, más o menos determinadas por una necesidad natural y material, las relaciones que prevalecen entre los seres racionales llevan consigo la impresa de libertad o libre albedrío. No obstante que el hombre sea parte individual de una totalidad superior a sí mismo, el hombre es con todo eso una totalidad en su ser de derecho propio y es capaz por eso de comprender y abrazar aquella totalidad social y universal. Siendo así, la sociedad humana es una sociedad compuesta de personas espirituales, relacionadas las unas a las otras tanto como relacionadas a la totalidad social. En otros términos, hay **solidaridad metafísica** abarcando todo el universo creado, y esta solidaridad alcanza en el nivel humano el carácter añadido de una **solidaridad moral y espiritual**. Claro es, por consecuencia, que cada uno de los miembros del género humano tiene parte e interés no sólo en el desarrollo y en la perfección de su personalidad propia, sino que, más allá, los tiene en el desarrollo y en la mejoría de la familia humana como tal.

Vemos ahora con toda claridad que el bien personal y moral del hombre individual se relaciona directamente con el bien común de la sociedad humana como tal. Y por esta razón la Ética o filosofía moral tiene que tratar no sólo de los fines de la vida individual y personal sino también de los fines de la vida comunal y social. Por eso la filosofía Aristotélico-Tomista considera la ciencia política y la ciencia social como ramos o subdivisiones de la Ética o filosofía moral. La buena vida humana, entendida en un sentido genuino como vida de animal racional, no es sólo el fin de la moralidad individual sino que es además el fin de la moralidad social y colectiva. Por consiguiente, los principios constitutivos y las reglas de conducta de la filosofía moral tienen el mismo valor para el hombre individual que para la sociedad de los hombres. Los conceptos morales del bueno, recto y justo y del malo e injusto son válidos igual-

mente para la vida individual como para la agrupación familiar, para el grupo social y para una asociación nacional e internacional. Así es que los actos injustos son inmorales, no importa que sean perpetrados por algunos individuos o por agrupaciones de carácter político, social y nacional. Los actos inmorales, por consiguiente, deshacen todo los fines individuales de la persona humana como el fin común o bien común de la sociedad, compuesta de personas humanas. Lo cierto es, por lo tanto, que el bien común o bien social debe armonizarse con el bien personal del individuo; el bien común debe ser esencialmente un bien humano, contribuyendo al adelantamiento y a la perfección de las personas humanas individuales.

Tengamos presente que el hombre, en el procedimiento de la realización gradual de sus posibilidades innatas como animal racional y social, atraviesa algunas distintas etapas de la vida social: en primer lugar, el hombre es miembro de la familia; luego es parte de una comunidad étnica, y al cabo llega a ser parte integral de una sociedad civil o una asociación nacional. Empeñándose en conseguir el enriquecimiento de su naturaleza propia mediante una comunidad de intereses, sentimientos y pensamientos, el hombre tiene licencia y facultad moral para asociarse con diversos grupos intermedios de confraternidad humana, tales como fraternidades, clubes sociales, asociaciones de ocupación o profesión, gremios o corporaciones de patronos o de empleados, etc., etc.

No cabe duda que todas estas formas de asociación humana dependen en alto grado de ciertos límites de raza, de sitio o de clase social; están ligadas íntimamente a tiempos y lugares determinados. Claro que son determinadas estas agrupaciones por muy distintas características políticas, sociales y nacionales. Hay, sin embargo, una comunidad sobresaliente que abraza todas las demás asociaciones humanas, una comunidad, quiero decir, en la cual el hombre tiene título como miembro y ciudadano por medio de la capacidad intelectual y moral de su naturaleza. Haciendo la travesía de la "Ciudad del Hombre" a la "Ciudad de Dios", el hombre asciende de lo particular a lo universal, hallando su morada y patria espiritual en la realidad sobretemporal y sobrenatural de una asociación espiritual que tiene su incorporación concreta y visible en la **Iglesia Universal**. En el abrazo vital de esa realidad, la solidaridad material y física del género humano y de sus agrupaciones sociales alcanza su mayor profundidad moral, su verdadera significación y dirección espiritual.

No obstante que estemos dispuestos a admitir, después de esto, que el bien individual tanto como el bien común o social tengan su principio primero y último en la esfera transcendente de la Bondad Suprema y Absoluta, es menester afirmar enfáticamente que el nivel del bien social como tal es inferior al nivel del bien espiritual de las personas humanas. Es verdad que la perfección personal del hombre como animal racional y social no puede realizarse de lleno, a menos que su acción moral se extienda más allá de sí mismo y el bien común o social; y este bien común, por otra parte, está consti-

Kurth F. REINHARDT

tuído o compuesto del bien de personas humanas y debe ser ordenado y dirigido constantemente a estas mismas personas, para su perfección moral y espiritual. Sin embargo, aún la consecución de todos los objetos o fines del bien común dentro de la mejor posible de las sociedades humanas no sería suficiente por sí misma para efectuar la perfección moral y espiritual más alta del hombre. Desempeñan el Estado y la sociedad sus cargos y oficios, ayudando al hombre a procurar los fines naturales de su vida personal, pero es la función exaltada de la **Iglesia**, como manifestación visible de una sociedad verdaderamente universal y espiritual, guiar al hombre al alcance de su fin espiritual y sobrenatural. A pesar de eso, lo cierto es que según lo que dice Santo Tomás, "La Gracia no destruye la naturaleza sino que la soporta y la guía a su perfección". Por eso tenemos que afirmar con toda convicción que los objetos del Estado y de la sociedad y los medios que pongan en práctica, deben armonizarse con el fin último o con la beatitud perfecta del hombre.

Kurt F. Reinhardt

(Especial para "Universidad Católica Bolivariana")

